

Aquel pedazo de cielo...

Todos habían quedado callados. Cada uno continuaba en su mente la conversación interrumpida. Y todos preguntábanse cómo y por qué habían llegado a entusiasmarse por todo aquello que *no valía la pena*. De pronto alguien miró al viejo que había sonreído ante el desencanto juvenil. Y asombróse. Algo nuevo, algo hondamente sentido, una emoción conservada largo tiempo, una emoción verdadera iba a revelarles.

Ese viejo conservaba intacto como una reliquia, un sentimiento juvenil, pleno y hondo. Y la duda no lo había profanado jamás. ¡Cosa admirable! ¿Podía, entonces, conservarse largo tiempo, un sentimiento invariable, un ardor inconsumible, por algo que se creyó un día bello y bueno?

Y aquellos jóvenes enfermos de descontento notaron con sorpresa que estaban admirados.

Los ojos del viejo preludiaban una emoción que por momentos íbase completando en tonos y en detalles, en ritmo y en pasión, en su mente dichosa al revivirla.

Y el viejo habló:

— Una noche, una noche muy oscura, muy callada y muy hermosa...

Hablaba lentamente, como comprendiendo que para sí y para sus oyentes sus primeras palabras debían ser solemnemente graves:

— Era una noche tibia y hermosa, como cualquier noche hermosa en cualquier clima y en cualquier país. Vivía entonces solo, oscuro, pobre. Trabajaba mucho, como todos, como cualquiera que trabaja para ganar su vida. Y aquella noche estaba cansado. Acerqueme a la ventana abierta, una pobre ventana de un cuarto piso que daba a una calle que en ese instante ocurríasele negra y terrible como un abismo. Enfrente altos edificios téticos, sombríos, inhospitalarios. En torno

mio el silencio, la soledad en que la hora torna el bullicio en las ciudades. A lo lejos, vagos, indefinibles ruidos. Mucha tristeza frente a mi pequeñez. Sentía pasar los minutos; los minutos de una vida abrumadora para mí, igualmente lenta en largos días. Y siempre así. . .

De pronto alcé los ojos. El cielo estaba negro, pero muchas, muchísimas estrellas brillaban. Grandes, chicas, pequeñísimas, apenas perceptibles. ¡Cómo me gusta mirar las estrellas apenas perceptibles en el cielo negro, después de haber admirado el brillo de las estrellas mayores!

Aquella noche la primera impresión ante aquel cielo fué de disgusto. ¡Era tan pequeño el espacio que el edificio de enfrente dejaba ver! Fijé con enojo la mirada en él. Allá, en lo alto de la cornisa, algo que se movía llamó largamente mi atención. Tardé mucho en reconocer el gato negro del dueño de la casa. Largo tiempo pasó así. Volví luego mis ojos a lo alto y admiréme. El cielo parecióme más profundo, las estrellas más lejanas. Comprendí que asistía a un espectáculo nuevo para mí y quise penetrarme de él. ¡Era tan inmenso el espacio de cielo que los edificios dejaban ver!

Yo era muy ignorante. No sabía que todas aquellas estrellas tienen hermosos nombres de dioses y héroes paganos. No sabía que antes que yo, en un remotísimo *antes*, las habían admirado y estudiado sabios de Caldea, en noches legendariamente bellas. No sabía lo que los niños aprenden con indiferencia y que más tarde aprendí admirado. Sólo tenía una vaga idea del tiempo, una larga sucesión de eternidades. Y sabía, porque me lo habían dicho cuando niño, aunque lo olvidé después, que todas aquellas estrellas eran mundos desconocidos.

Muy larga fué mi emoción. Y fué profunda y serena. Desde entonces siento en mí un caudal de sentimiento inagotable. Encontré allí reflejadas todas las bellezas. Amélas todas. Las amé verdaderamente porque amé mi amor por ellas. Amé todo lo que comprende y siente. Amé las almas. Todo lo que tiene vida y es hermoso: la gallardía de los árboles, el color y la frescura de los campos, el perfume de las flores, el vuelo de los pájaros, los cantos del ruiseñor y de la alondra. . . Y admiré todo lo invariable: la eternidad de los mares, la blancura insuperable de la nieve, la inmutabilidad de las rocas, el ritmo de las olas. . . Y sobre todo sentí, comprendí, amé y admiré mi

propia alma. Todas las bellezas las compendiaba, todas las bellezas las dominaba.

Y audazmente, desde ese día, fui al saber.

.....
— Ahora, — concluyó el viejo, — cuando hablan de mi fama y de mi gloria, recuerdo la noche aquella, en que la fatiga de un día de trabajo llevóme a la ventana, desde donde un pedazo de cielo revelóme el secreto del sentimiento de la vida.

MERCEDES DAUS.
